

bitos de la vida civilizada, sin conocimiento de aquellas necesidades que producen el amor al trabajo en el hombre, destituidos del apoyo que un gobierno cimentado hubiera podido prestarles, los negros de Santo Domingo han unido los deberes de la sociedad á los hábitos de la vida salvaje. A la indolencia característica de su raza han agregado los vicios de la corrupcion europea; entregáronse á la depravacion, á la pereza, á los desórdenes, y han ido á menos tanto en prosperidad como en número; aquella isla, que antes era el punto de todo el mundo donde se producía mas caña, ha quedado reducida á la necesidad de tomar de afuera este precioso fruto; y sus habitantes, desnudos y abandonados á la sensualidad, marchan con paso apresurado hácia el estado de naturaleza de que sacó á sus mayores, dos siglos hace, la avaricia de los europeos [1].

Entre tanto, los reveses que los egércitos padecian, efecto natural de la paz continental que habia reinado hacia treinta años, y el desenfreno é insubordinacion que se notaban, ponian en la mayor consternacion á Paris. Se aumentaba con celeridad el ascendiente de los Jacobinos; sus sociedades se ramificaban cada dia mas por

(1) Los permenores de esta insurreccion horrorosa, como así mismo una relacion circunstanciada de la historia de la isla de Santo Domingo desde aquella época, se encontrarán mas adelante, en el capítulo que trata sobre la expedicion que emprendió Napoleon á aquella isla. El periodo en cuestion no es de los mas importantes de la era fecundísima en sucesos, que forma el objeto de esta obra. Vide *infra*, capítulo XXXVII.

toda la estencion de la Francia, de suerte que los debates del club principal tenian en conmocion al reino, de uno á otro extremo. Se acusaba por ellos á los realistas de haber ocasionado las derrotas, lanzando el pérfido grito de "*Sauve qui peut*" (sálvese el que pueda); los aristócratas no podian disimular su júbilo al ver aparecer aquellos sucesos que anunciaban que en breve se hallarian los egércitos aliados en Paris, y se restableceria el antiguo régimen; los generales atribuian sus reveses á Dumouriez, que era quien habia formado el plan de campaña, y éste se disculpaba, diciendo que se habian egecutado con suma torpeza sus órdenes. De suerte que por todas partes reinaba la desconfianza y la discordia (1).

En tan críticas circunstancias, tomó la Asambleas las mas enérgicas medidas para hacer respetar su autoridad, y conservar la tranquilidad pública.

Disolución de la guardia del rey.
Declaró permanentes sus sesiones, disolvió la guardia del rey porque causaba inquietud al pueblo, y espidió un decreto desterrando á los miembros refractarios del clero. Para poner á la capital á cubierto de cualquier ultrage, dispuso que se formase un campo en sus inmediaciones, con una fuerza de 20 mil hombres; procurando conservar el entusiasmo del pueblo por medio de festividades revolucionarias, armándolo con picas para aumentar su confianza. El acuer-

(1) Mig. I, 171. Toul, II, 121. Lac. I, 233. Th. II, 80, 81.

do referente á la disolucion de la guardia del rey, fué aprobado por una pequeña mayoría, y á pesar de una oposicion vehementísima. "Se ha roto el velo," dijo Girardin, "ya no se trata ni aun de disimular que la insurreccion es contra el trono. Se nos pide, en los momentos en que se palpan los peligros públicos, que destruyamos la única proteccion constitucional con que pueda contar la corona. ¿Cuales son esos riesgos de que se nos habla incesantemente, que puede ocasionar el partido realista? ¿qué males puede atraer una faccion que es reducida en su número, que carece de prestigio, y á la cual se puede refrenar con la mayor facilidad? Lo único que noto, son dos bandos, y con ellos dos clases de pligros, marchando uno de ellos á pasos precipitados hácia el establecimiento de un gobierno regicida. ¡Plegue á Dios que los acontecimientos demuestren que son infundados mis vaticinios! Con este motivo se representa á mi vista la completa analogía que guarda el suceso de que me ocupo, con el que aconteció en Inglaterra: no puedo olvidar que en semejantes crisis disolvió el Largo parlamento la guardia de Carlos I. ¿Qué suerte estaba reservada á aquel infortunado monarca? ¿cual es la que ahora se reserva al soberano constitucional de los franceses" (1)?

La guardia real fué reorganizada despues de haber sido disuelta; y elegida una parte de su oficialidad entre los individuos de diversa clase

(1) Lac. I, 234. Mig. I, 172.

de aquella á que pertenecian los que antes la formaban; se puso su estado mayor en otras manos, y se incorporaron á la fuerza algunas compañías de piqueros, para que neutralizasen los efectos que pudiera producir la lealtad de sus compañeros. El partido de la constitucion hizo las mas fuertes observaciones contra tan aventuradas innovaciones. Mas sus esfuerzos fueron infructuosos; la proximidad del peligro, y la pública efervescencia, habian llegado á colocar toda la autoridad del gobierno en manos de los Jacobinos (1).

El manifiesto peligro de su situacion hizo abrir los ojos al rey, y salir de su natural apatia: sus ministros le habian instado contantemente para que prestase su sancion al decreto relativo al destierro de los eclesiasticos, que no habian querido jurar, y emplear al clero constitucional cerca de su persona, á fin de destruir por esta causa de religion todo motivo de queja. Mas se mostraba Luis inflexible sobre este punto. Indiferente al peligro que pudiera correr su persona, casi insensible á la disminucion que habian sufrido sus prerogativas, se hallaba resuelto irrevocablemente á no transigir en manera alguna cuando se tratase de los deberes religiosos. Por grados fué perdiendo el afecto de los miembros del partido de la Gironda, y permaneció muchos dias sin dirigirles la palabra, ni darles á saber cuál era por fin la resolucion que sobre el particular tomaba. En aquellos dias fué cuando

(1) Mig. I, 172. Th. II, 87.

Junio 10.

Mad. Roland dirigió al monarca, á nombre de su marido, la famosa carta en que le hacia fuertes instancias á fin de que se hiciese soberano constitucional de buena fé, y pusiese término á los disturbios, sancionando los decretos espedidos contra los eclesiásticos. Esta carta, escrita con sublime elocuencia, pero en la cual se notaba demasiado la vehemencia republicana, escitó la cólera del monarca, y fué causa de que Servan, Roland y Clavière, fuesen lanzados de sus respectivos despachos con visibles muestras de disgusto [1].

Dumouriez procuró aprovecharse de estos sucesos para adquirir mayor ascendiente sobre la administracion.

Junio 12 1792.

Consintió en quedarse en el ministerio y desprenderse de sus amigos, bajo la condicion de que sancionaria el rey el decreto promulgado contra el clero. Luis persistió en su negativa á ratificarlo, como tambien el relativo á la formacion del campo de veinte mil hombres á las inmediaciones de Paris. "Eso mismo debiais haber meditado, le dijo Dumouriez, antes de haber aprobado el anterior decreto de la Asamblea constituyente, en que se prevenia, que prestase el clero el juramento." "Entonces cometí una falta, contestó el rey, mas no quiero ahora repetirla." Dumouriez, despues de haber perdido la confianza de su partido, se vió en la necesidad de ponerse en marcha para el ejército, donde no tardó en adquirir como general

(1) Mig. I, 173. Lac. I, 239.

una reputacion mas sólida [1]. La Asamblea prorumpió en las mas furiosas invectivas contra la corte, por haber despedido á los ministros populares, y declaró que al separarse, llevaba consigo el sentimiento de la nacion.

El nuevo ministerio fué elegido entre los Fuldenses. Se confiaron los despachos de relaciones y hacienda á Escipion Chambonnas y Ferrier Montciel, personas que no gozaban de consideracion alguna, ni en el pais ni aun entre los de su partido.. La corona perdió el apoyo de los únicos hombres que habia en Francia, que creian con sinceridad que por medio de la Revolucion haria progresos la causa de la libertad, en los momentos precisamente en que estaba para entregarse la insurreccion á los mas violentos escesos. Llegó la confusion del rey á tal extremo cuando vió la imposibilidad que habia de formar una buena administracion, que cayó en un estado de desaliento que nunca habia experimentado desde el principio de los disturbios. Por espacio de diez dias apenas articuló una palabra, y estaba tan abatido, como si perdiendo á la vez la actividad moral, hubiese perdido el movimiento fisico. La reina, cuyo vigor era superior á los sucesos, logró en fin sacarle de aquella situacion lamentable, arrojándose á sus pies y suplicándole que en consideracion á ella y á sus hijos, cuya conservacion era su deber cuidar, se resolviese; y que si era inevitable la muerte, prefiriese perecer con dignidad combatiendo por

Nuevo ministerio formado de Fuldenses.

(1) Lac. I, 240. Mig. I, 173. Th. II, 103, 104.

sus derechos, antes que verse atropellado sin salir de las paredes de su palacio (1).

Al esforzarse esta heroica princesa á confortar el ánimo del rey en estos términos, lo hacia con el conocimiento de los peligros que la cercaban. En el palacio de las Tullerías, donde se hallaba en una reclusion verdadera, los artilleros de la guardia descaradamente la insultaban espresándole en el lenguaje mas soez y atrevido, el deseo que tenian de ver clavada su cabeza en la punta de sus bayonetas. Los jardines del palacio eran el teatro de desórdenes de toda especie. Por un lado se veia á un orador del pueblo, predicando traicion y rebeldía á una reunion que lo escuchaba con recogimiento; por otro se veia arrojar en tierra á un eclesiástico y golpearlo con atroz fiereza; mientras el público se paseaba por las alamedas y glorietas de mármol con la mayor confianza, contemplando con indiferencia aquellos ultrajes inferidos á la religion y al trono (2).

En este tiempo comenzó el rey una correspondencia secreta con las cortes aliadas, con el objeto de aconsejarles las medidas que debian tomar, y moderar éstas cuando avanzasen para libertarle. Con este fin, envió á Mallet Du Pan á Viena con instrucciones escritas de su puño, en las cuales recomendaba que al avanzar al territorio de la Francia, se hiciese con la mayor circunspeccion, teniéndose la mayor indulgencia

(1) Mad. Campan, II, 205. Lac. I, 240. Mig. I, 174.

(2) Dumont, III, 6.

con los habitantes, y que precediese á la marcha un manifesto en que se asentasen las disposiciones mas moderadas y conciliatorias. Este documento autógrafo existe aun como una muestra inapreciable de la cordura y patriotismo de aquel desventurado soberano. Se nota en él la circunstancia de que recomienda á la nacion, con el fin de separarla de la dominante faccion jacobina, que se emplee el mismo lenguaje y se observe la propia conducta que, durante todo aquel periodo, aconsejó se siguiese con energía Burke, de cuyo medio tambien se sirvió veinte años despues, con tan feliz éxito, el emperador Alejandro y los reyes aliados, para que abandonase el pueblo frances los pendones de Napoleon [1 2].

(1) Beltran de Molleville, VIII, 38, 39. Th. II, 109.

(2) El monarca recomendaba que el emperador y el rey de Prusia promulgásen un manifesto en el que declararon: "que se veian en la necesidad de tomar las armas para repeler la agresion que contra ellos se cometia, no por el rey y la nacion, sino por la criminal faccion que dominaba á uno y otra: que, en consuecencia, lejos de apartarse de los sentimientos de amistad que profesaban al rey de Francia, SS. MM. tomaban las armas para libertarlo á él y á la nacion de la atroz tiranía bajo la cual estaban oprimidos, y facilitarles el restablecimiento de la libertad sobre sólidas bases: que no eran sus intenciones ingerirse en el sistema que para su régimen interior adoptase la nacion, sino que únicamente deseaban restituirla en la facultad de elegir aquel que realmente estuviese en armonía con los votos de la mayoría: que no pensaban absolutamente en emprender una conquista: que la propiedad individual y nacional seria de igual modo respetada: que SS. MM. tomaban bajo su proteccion á todos los ciudadanos pacíficos, y que la guerra era únicamente contra los que con yugo férreo dominaban á cuantos querian que la libertad se entronizase." Con arreglo á estos principios roga-

Alarmados los partidarios por el peligro manifiesto que corria la monarquía, echaron mano de la constitucion, de los medios mas enérgicos para sofocar el espíritu de rebeldía que iba cundiendo, y sostener al trono. Lally Tollendal y Malouet, miembros del antiguo partido monárquico, se unieron con este fin á los caudillos de los Fuldenses, Duport, Laneth y Barnave. La Fayette, que se hallaba en aquella sazón en la frontera á la cabeza del ejército, hizo uso con el propio fin, de su poderoso influjo. Desde su campo de Maubenge dirigió una

Junio 16.

comunicacion enérgica á la Asamblea, en la que denunció á la faccion de los jacobinos, pidió la disolucion de los clubs y la

ba á los emigrados que no tomasen parte alguna en la guerra: que procurasen evitar todos aquellos pasos que pudiesen darla el carácter de una lucha entre dos potencias, y solicitó con instancia de los aliados, que apareciesen en la contienda empeñada entre el soberano y el pueblo, no como árbitros, sino como partes, advirtiéndoles que cualquiera otra conducta que adoptasen "pondria infaliblemente en peligro las vidas del rey y su familia, haria que se desplomase el trono, y originaria una matanza de realistas; atrayendo hácia la faccion jacobina á todos los revolucionarios que cada día se separaban mas y mas de aquel partido, reanimando una agitacion que con celeridad iba cediendo y haciendo mas obstinada la resistencia de la nacion, la cual cederia á los primeros reveses si se llegaba á convencer que la suerte de la Revolucion no se ponía exclusivamente en manos de aquellos contra quienes se habia hecho, y que habian sido sus primeras víctimas." El documento autórafo está fechado en el mes de Junio de 1792, es decir, dos meses antes del 10 de Agosto: es un modelo de sabiduría, política y prevision, un monumento que no tiene igual en la historia de los tiempos modernos. Véase á BELTRAN DE MOLEVILLE, VIII, 37, 30.

emancipacion y establecimiento de un trono constitucional, y suplicó á la Asamblea por su mismo honor, y á nombre del ejército y de todos los amigos de la libertad, que se limitase á medidas rigurosamente legales. Esta comunicacion hizo el efecto que debia producir todo paso que den para contener una revolucion, aquellos que han contribuido á promoverla; escitó el mas vehemente disgusto, desprestigió á su autor, y fué completamente infructuosa para calmar al populacho (1).

Llenos de despecho los girondinos, por haber perdido los puestos que en la administracion ocupaban se entregaron á los mas terribles excesos. Entonces se vieron en la dura necesidad á que tarde ó temprano se ven sometidos los que por medio de las pasiones del pueblo tratan de elevarse, esto es, de allanarse á los vicios y descender á la brutalidad de la plebe. Se asociaron abiertamente con hombres de relajadísimas costumbres y de la clase mas ínfima y repugnante, y se dió principio á aquel sistema de igualdad revolucionaria, que á poco desterró de la sociedad francesa la cortesía, la sensibilidad y todas las demas cualidades de que es susceptible el corazon humano [2]. Se resolvieron á levantar al pueblo por medio de peticiones y alocuciones incendiarias, y se propusieron infundir temor á la corte haciéndole una demostracion de resistencia

Pretenden los girondinos escitar á la sedicion al populacho.

(1) Lac. I, 240. Mig. I, 175. Th. II, 16.
 (2) Dumont, 388.

popular, medida peligrosa que en último resultado fué tan funesta para ellos, como para el poder contra el cual la empleaban. Se preparó bajo su direccion una insurreccion general de los vecinos de los arrabales; y bajo el pretexto de solemnizar el juramento del juego de pelota, cuyo aniversario se aproximaba, se organizó una reunion de diez mil hombres en el barrio de San Antonio. De suerte que cuando por un lado los realistas instaban á las potencias europeas para que hiciesen avanzar sus fuerzas [1], los patriotas por el otro se ocupaban en insurreccionar al pueblo. Ambos pasos dieron los resultados que naturalmente debian producir; el reinado del Terror y el despotismo de Napoleon.

El 20 de Junio, una masa tumultuosa compuesta de diez mil hombres que habia organizado en secreto Petion, actual corregidor de Paris, miembro de los girondinos, á quien estaba encargada la ejecucion de las medidas de su partido, se desprendió del arrabal de San Antonio, y se dirigió á la Asamblea. Aquella fué la primer tentativa que se hizo, de intimidar á la representacion nacional, por medio del aparato de una fuerza desenfrenada. Se introdujo al salon de la diputacion, quedando rodeadas las puertas por una estrepitosa muchedumbre, que hablaba en los términos mas violentos y amenazantes, manifestándose la resolucion de hacer uso de los medios de resistencia que se tenian, y que

Vergonzoso tumulto acaecido el 20 de Junio.

(1) Mig. I, 175. Th. II, 124.

estaban reconocidos por la declaracion de los derechos. En la peticion se decia: "El pueblo está dispuesto; está completamente preparado á echar mano de cuantos medios crea necesarios para que le sea posible llevar á cabo el artículo segundo de los derechos del hombre: resistencia á la opresion. Que la insignificante minoría de vuestros miembros que no está de acuerdo con vuestras ideas que son tambien las nuestras, salga de esta tierra de libertad, y se marche á Coblantz. Buscad las causas de las calamidades que nos amagan; si residen en la autoridad régia, destruidla. El poder ejecutivo, concluia diciendo, se ha puesto en pugna con vosotros; no se puede buscar mejor prueba de ello que el hecho de haber despedido á los ministros populares. ¿Habrá de depender la felicidad del pueblo, del capricho del soberano? ¿Habrá de tener este soberano otra ley que la voluntad del pueblo? El pueblo está resuelto, y su voluntad es de mas peso que los caprichos de las testas coronadas. El pueblo es el roble de la selva; el vástago regio debe inclinarse bajo sus ramas. Nos quejamos de la inercia en que se conservan nuestros ejércitos; nuestro objeto al venir aquí, es que nos informéis de cuáles son las causas de esa inercia; si proceden del poder ejecutivo, haced que inmediatamente se le esterminen (1)."

Se apoyó esta alocucion revolucionaria por los autores del movimiento que se hallaban en la Asamblea. Guadet, caudillo popular perte-

(1) Mig. I, 176.
TOM. I.

neciente á la Gironda, exclamó: “¿Quién habrá que se atreva á repetir ahora aquella sangrienta escena que se representó en el Campo de Marte, cuando la clausura de la Asamblea constituyente, asesinándose á miles de nuestros conciudadanos en derredor del altar de la patria, al ir á renovar el mas sagrado de nuestros juramentos? Cuando se halla entregado á tan ruin inquietud el pueblo, ¿deberán sus mandatarios rehusarse á escucharle? ¿No son por ventura esas quejas que acaban de manifestarnos, las mismas que brotan del uno al otro extremo de la Francia? Ya habeis oido á los solicitantes; se producen con sencillez, pero tambien con la energia que corresponde á un pueblo libre” (1). En estos términos animaban los girondinos al populacho, con el objeto de lograr el intento que abrigaban de intimidar á su gobierno; pero no habria trascurrido un año, cuando en el mismo punto fueron víctimas de la vehemencia que en aquella coyuntura excitaban.

Sobrecogida de terror la Asamblea al contemplar la crítica situacion en que se encontraba, acogió la peticion con indulgencia, y permitió á la plebe desfilar á su presencia. Una compacta multitud, que se habia aumentado hasta el número de 30,000 personas entre hombres, mugeres y niños, de lo mas sucios, atravesaron por el salon gritando desaforadamente, y desplegando sediciosas banderolas. Los acaudillaban Santerre y el marques de Sainte Hurague, que

(1) Lac. I, 242.

marchaban con espada en mano. Muchos individuos llevaban suspendidas en cañas unas tablitas donde se veian inscritos los derechos del hombre; otros llevaban banderolas donde se leia “¿Constitucion ó muerte!” “¿Vivan los sansculotes!” En la punta de una pica se veia prendido un corazon ensangrentado, y á su derredor este rótulo: “El corazon de la aristocracia.” Una multitud de hombres y mugeres agitando por sobre sus cabezas sus picas y ramos de olivo, bailaban en derredor de estos espantosos emblemas, cantando la cancion revolucionaria del *ça ira*. Por en medio de aquellas furias pasaron las apretadas columnas de los sediciosos, armadas formidablemente, llevando fusiles, sables y puñales atados á las puntas de sus palos. Los ruidosos aplausos de las galerias, las voces de la plebe y el silencio sepulcral que guardaban los miembros de la Asamblea, á quienes hacia temblar el aspecto de aquellos defensores que ellos mismos se habian procurado; todo esto formaba una escena que no es facil describir. El tránsito de aquella inmensa comitiva duró tres horas; despues de haber salido de la Asamblea se dirigió tumultuosamente al palacio.

Se habian dejado abiertas por mandato del rey las puertas de la entrada. Desde luego se arrojó la turba á los jardines, subió las escaleras, y se introdujo en las viviendas de la familia real. Salíó Luis á su encuentro acompañado de un reducido séquito. Los sediciosos que iban á la

cabeza, intimidados por la magestad de su aspecto, involuntariamente se contuvieron; pero impelidos por el gentío, no tardaron en rodear al monarca. Con bastante dificultad lograron los que le acompañaban, llevarle al hueco de una ventana, mientras que la muchedumbre se esparcía por los demas aposentos del palacio. Sentado sobre una silla que se habia colocado encima de una mesa, y rodeado de unos cuantos individuos de la guarda nacional que se habian conservado adictos á su persona, y que trataban de contener á los mas desenfrenados del populacho, se manifestó impávido y sereno á pesar del inminente riesgo que corria su vida. Nunca apareció tan grande como en aquellos críticos momentos. A las reiteradas peticiones que se le hacian, de que ratificase inmediatamente los decretos espedidos contra los eclesiásticos, y sancionase el establecimiento del campo á las inmediaciones de Paris, que se habia decretado, no daba otra contestacion que la de "No son estos los terminos en que se me debe pedir." Un artesano ebrio le alargó el gorro encarnado de la libertad; (1) tomó con semblante afable el emblema revolucionario, y cubrió con él su cabeza que no estaba acostumbrada á llevar mas que la diadema. Otro le presentó una copa de agua; y aunque hacia mucho tiempo que temia ser envenenado, la apuró en medio de los involuntarios y numerosos aplausos que arrancó aquel acto á la muchedumbre.

(1) Lac. I, 214. Mig. I, 178. Th. II, 138, 139, 140.

Noticiosa la Asamblea del peligro que corria el rey, despachó una diputacion presidida por Vergniaud é Isnard, para que se dirigiese al palacio. Teniendo que vencer mil dificultades, lograron penetrar por entre la turba que se apiñaba en su recinto, hasta que se acercaron al rey, á quien encontraron sentado en el mismo lugar, mostrando la misma presencia de ánimo, aunque agobiado por el cansancio. Un individuo de guardias nacionales se acercó á él para protestarle su adhesion. "Mirad," le dijo llevándose al pecho la mano, "¿sentid los latidos de mi corazon, y vereis como no son de miedo!" Sin embargo, no dejaban de causar inquietud á Vergniaud las amenazas que oyó proferir á los individuos del pueblo, que se hallaban á la espalda del inmenso gentío. Al fin consiguió que se le oyese, y logró hacer que se marchase el pueblo. A sus instancias unió Petion las suyas, y se fué retirando paulatinamente la turba. A las ocho de la noche no habia absolutamente nadie, y el silencio y el terror reinaban en lo interior del palacio (1).

Durante los espantosos sucesos de aquel aciago dia, la reina y las princesas desplegaron la mas heroica serenidad. Al retirarse ante la frenética muchedumbre, se creyó que la princesa Isabel era la reina, y la llenaron de insultos. Prohibió á las personas que la seguian, que descubriesen el error, y se consideró feliz al poder atraer sobre sí los peligros que corria su augus-

(1) Mig. I, 178. Lac. I, 244. Th. II, 141, 142